EL ARBOL SIN RAICES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JUAN JOSE HERRANZ

Y

D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Estrenada en el Teatro Español en el mes de Octubre de 1874.

MADRID
IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE DON JUAN AGUADO
calle del Cid, núm. 4, (Recoletos)
1874.

El Arbol sin raices



Comedia estrenada en el **Teatro Español** el 17 de Octubre de 1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
EUGENIA...........................	D.ª Gertrudis Castro.
ELISA..............................	Elisa Mendoza.
PABLO..............................	D. Manuel Catalina.
ANTONIO..........................	Miguel Cepillo.
D. ROQUE.........................	Julio Parreño.
JACINTO..........................	José Alisedo.
PERICO............................	Julian Romea.

EL ARBOL SIN RAICES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ

Y

D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON



MADRID

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE DON JUAN AGUADO

Calle del Cid, núm. 4 (Recoletos).

1874

ACTO PRIMERO

Saloncillo de un hotel: galeria abierta en el fondo, con vidrieras, una puerta á la derecha del actor y dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA, ELISA, DON ROQUE, PERICO.

PERICO. *(Con acento andaluz.)* Por aquí: paso delante
para enseñarles las puertas
de las dos habitaciones;
esta es la mejor: en ella
se han hospedado cantantes,
bailarinas y princesas;
la otra, aunque más reducida,
es digna de su escelencia.
D. ROQ. No la tengo.
PERICO. Yo doy siempre
tratamiento á cuantos llegan.
ROQUE. ¿Y de almorzar?
PERICO. A las doce.
EUGENIA. Pues ya son las once y media.
ELISA. Nos arreglaremos antes
de que llamen á la mesa.
EUGENIA. ¿Y el equipaje?
PERICO. Está dentro.
EUGENIA. Nos servirá una doncella...
PERICO. No sé si habrá alguna en casa,
más se hará la diligencia.
ROQUE. Menos palabras.
PERICO. Señor,

me sujetaré la lengua.
EUGENIA. Si te parece que entr mos....
ELISA. Vámos allá.
PERICO. Por la izquierda.
ELISA. Adios, tio; esta es su casa:
le mandaremos tarjeta.
ROQUE. (Es una alhaja esta chica:
¡y que haya quien no la quiera!)
(Eugenia y Elisa se marchan por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

DON ROQUE, PERICO.

ROQUE. ¿Será esta fonda tranquila...
PERICO. Vive aquí gente muy buena.
ROQUE. No habrá voces ni algazara
cuando se duerme la siesta?
PERICO. Lo que es voces, de seguro
no las oye mientras duerma.
ROQUE. ¡Dormir! Buenos sueños echo
con mis años y mi reúma.
PERICO. ¿Reuma? la reuma se cura
en Alhama y en Archena.
ROQUE. Qué hablador; ¿eres de Málaga?
PERICO. No, señor, soy de mi tierra:
salí á ver mundo, y rodando,
rodando de ceca en meca,
he llegado á Santander
que es la antesala de América.
(Se oye sonar una campanilla.)
ROQUE. Dí: ¿será de las señoras
la campanilla que suena?
PERICO. *(En voz alta.)* ¡Voy!
(á D. Roque.) No, señor, pertenece
al cuarto de la derecha,
donde viven dos señores
que me apuran la paciencia
son un tio y un sobrino
generosos y troneras,
que hacen el amor á todas
las mujeres que tropiezan,
ROQUE. Serán un par de perdidos
si convienen con las señas.
PERICO. ¡Perdidos! con más dinero
que un recaudador de rentas.
ROQUE. Vaya un criterio!
(Vuelve á sonar la campanilla.)
PERICO. Allá voy.

Pues, verá usted: por mi cuenta,
han gastado en quince dias
mucho más de una talega:
si esos hombres son perdidos,
permita Dios que me pierda.

ESCENA III.

DICHOS, ANTONIO.

Roque. ¿Es usted?
Antonio. Creo que sí.
Roque. (*Hace ademan de reprimirse.*)
Dispense usted mi torpeza:
le tomé por un amigo,
y me equivoqué; cualquiera
se equivoca ..
Antonio. Un quid pro quo,
que no merece la pena....
(*Á Perico*)
Te he llamado inútilmente.
Perico. Y yo le daba respuesta:
pero estaba entretenido
con el señor de...
Roque. Requena.
Perico. Me hablaba, y yo, por respeto,
le oia...
Roque. Bribon, no mientas.
Se ocupaba en referirme
lances de vidas ajenas:
de usted y de su sobrino...
cosas que no me interesan.
Antonio. Muy bien: ¿y puede saberse
que hablaba este buena pieza?
Roque. Nada y mucho: que usted gasta,
que usted persigue á las hembras..,
Perico. ¡Señor!
Antonio. Cállate: mereces
que te arranque las orejas.
Quiero saber en que causas
fundó su maledicencia...
Roque. En... yo no sé qué episodios...
Antonio. Ya te ajustaré las cuentas.
Perico. Señor, eso de episodios
no lo entiendo, con franqueza.
Antonio. Chismes al cabo, ¿quien hace
caso de esta gentezuela?
Roque. Yo no hago caso de chismes,
pero, cuando el rio suena...

ANTONIO. Caballero...

ROQUE. No acostumbro
á inferir á nadie ofensas,
(¡sino fuera!.. Me contengo
porque me vá á reñir ella.)
Beso á usted la mano.

ANTONIO. Estoy
á sus órdenes.

PERICO. (Me deja
comprometido: si hay hombres
que hablan más que un saca-muelas.)
(D. Roque se va por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

ANTONIO, PERICO.

PERICO. Yo sé que los episodios
le han ofendido y le inquietan:
más lo que es sobre ese punto
no comprendo ni una letra.

ANTONIO. ¿Qué estás hablando? ¿Conoces
á ese señor que se aleja?

PERICO. Si no miente como en lo otro,
es el señor de Requena.

ANTONIO. Pero...

PERICO. No es un personaje,
porque no tiene escelencia.

ANTONIO. ¿No sabes más de su vida?

PERICO. Sí, señor, que tiene reuma.

ANTONIO. ¿Es militar ó paisano?

PERICO. No lo sé.

ANTONIO. Vaya unas señas.
(Paseándose.)
Me choca ese nombre: descubro
en él cierta impertinencia
que me ofende; habló al principio
como si me conociera.
¿Acaso me ha confundido
con otro?—Vamos, ¿qué esperas?

PERICO. Me llamaba usted hace un rato.

ANTONIO. ¡Ah! sí, la correspondencia.

PERICO. ¿El periódico?

ANTONIO. Las cartas.

PERICO. Voy al punto á recojerlas;
aún hay tiempo: en el correo
estarán ahora leyéndolas. *(Sale por el fondo.)*

ESCENA V.

ANTONIO.

Nada: por más que procuro
saber quién es, no hay manera
de averiguarlo; ¡qué diantre!
si tengo casi certeza
de nó haberle visto nunca...
A veces uno se empeña
en hacer de un pobre diablo
todo un héroe de novela:
será un cesante, un prendero,
un nadie... sea quien sea.

ESCENA VI.

ANTONIO y PABLO.

PABLO. ¡Tio!...
ANTONIO. Creí que dormias
como un tronco.
PABLO. Mal creido:
ya estoy lavado y vestido.
ANTONIO. Como haces las noches dias.
¿Que tal te vá desde ayer?
PABLO. Ni estoy alegre ni triste.
ANTONIO. ¿A qué hora te recogiste?
PABLO. Temprano: al amanecer.
ANTONIO. Esa vida tan perdida
temo que tu cuerpo enerve.
PABLO. Si no hay nada que conserve
como llevar mala vida;
y no hay que buscar muy lejos
la prueba de esta verdad;
tú debieras, por tu edad,
figurar entre los viejos.
ANTONIO. ¿Yo?
PABLO. Te llevo bien la cuenta.
ANTONIO. Tengo mi fé de bautismo.
PABLO. La habrás escrito tu mismo
si nó resultan cuarenta
y pico.
ANTONIO. ¡Qué tontería!
Mientras mi edad no confiese
la cara...
PABLO. Bah! si yo fuese
marido, te temeria.

ANTONIO. Todavia en mis facciones
quedan restos de explendor.
PABLO. Aún... has de hacer el amor
á siete generaciones.
(*Le abraza.*)
Sí, tio, yo te venero,
eres mi bien, mi regalo.
ANTONIO. Ya me abrazas, malo, malo,
tú necesitas dinero.
PABLO Es un abrazo sencillo,
producto de la efusion
que nace en mi corazon....
ANTONIO. Y que muere en mi bolsillo.
PABLO. Tú no querrás desmentir
tu acreditada largueza.
ANTONIO. Es que soy viejo, y empieza
á asustarme el porvenir.
Si no corrijes tus yerros,
vamos á San Bernardino.
PABLO. Y tendrás, por tu sobrino,
vela en todos los entierros.
ANTONIO. Me estás sacando los ojos:
anoche mismo te dí
dinero.
PABLO. Pues lo perdí
luchando contra los rojos.
ANTONIO. ¿A tu edad ya jugador?
tú vas á perderte, Pablo.
PABLO. Miren ustedes al diablo
metido á predicador.
ANTONIO. ¿Te burlas?
PABLO Me inauguré
con tan perversa fortuna,
que no logré acertar una
de las veces que apunté;
mientras les seguí la pista,
ni un sólo negro se dió;
la fortuna se empeñó
en ser abolicionista.
ANTONIO. Celebro tu mal estreno.
PABLO. Mil gracias.
ANTONIO. La aficion crece
cuando se gana.
PABLO. Parece
que conoces el terreno.
ANTONIO. Lo conozco, es la verdad:
he jugado y he perdido,
pero nunca el juego ha sido
dueño de mi voluntad.
Quien en el juego se emplea,
se hace gastador y avaro;

huye, pues, de un vicio caro
que la sociedad afea.

PABLO. No tengo ese vicio: fuí
á jugar para hacer ver
que no me asusta perder...

ANTONIO. Si á quien le asusta es á mí,
que soy quien pierde.

PABLO. En conciencia,
No lo niego, razon tienes;
pero, al disipar tus bienes,
tambien disipo mi herencia.

ANTONIO. Tu herencia ¡qué devaneo!
¿te atreves á calcular
á dónde irán á parar
los terrones que poséo?

PABLO. Es claro: y si entras en ganas
de desheredarme, avisa,
para gastar mas de prisa
y arruinarte en dos semanas.

ANTONIO. Sí, búrlate y abandona
los litigios.

PABLO. En mis redes
te tengo.

ANTONIO. ¿Qué?

PABLO. Que no puedes
prescindir de mi persona.

ANTONIO. Explicate.

PABLO. En esa vida
galante y aventurera
te hace falta un calavera
de fama reconocida,
á quien contar, sin temor
á las lenguas maldicientes,
todos esos accidentes
naturales del amor:
á cuál tomas, á cuál dejas,
la resistencia invencible
de una virtud, y la horrible
persecucion de las viejas.
Tú necesitas un trueno
que te ayude en casos graves,
que te facilite llaves,
que te distraiga al sereno,
y que tenga de tal suerte
su vida á la tuya unida,
que te proteja en la vida
y que te herede en la muerte.

(*Le abraza*: *Antonio se sonrie.*)

ESCENA VII.

Los mismos y PERICO.

ANTONIO. ¿Qué miras?
PERICO. Estoy mirando
este cuadro de familia.
ANTONIO. ¿Tengo alguna carta?
PERICO. *(Entregándoselas.)* Tres:
una de ellas de la misma
letra, si no me equivoco,
que aquella del otro dia.
ANTONIO. ¡Qué posma! *(Dejando la carta.)*
PABLO. ¿Quién es?
ANTONIO. Hortensia.
PERICO. ¿Tengo buen golpe de vista?
PABLO. ¿Y para mí no hay ninguna?
PERICO. ¿Hortensia?
PABLO. Carta.
PERICO. Ni línea.
PABLO. Me choca tanto silencio
no llegar esa familia
ni tener noticias suyas...
PERICO. Usted quiere que le escriban,
mientras su tio quisiera
que le perdiesen la pista.
PABLO. ¿Quién te escribe?
ANTONIO. Doña Blanca
Rivadañez de Valdivia,
que me remite cincuenta
papeletas de una rifa
PABLO. Si obtienes el premio...
ANTONIO. Entonces
colocaré en mi taquilla,
una imitacion en corcho
de la isla de Sicilia
con un volcan en el centro
que sirve de lamparilla.
PERICO. Lo que se inventa en el mundo
para ganarse la vida.
ANTONIO. Tambien me escribe Patiño.
PABLO. ¿Qué te pide?
ANTONIO. No se cuida
de pedir; dice que quiere
realizar economías,
y alquila su casa á un ruso
trasladándose á la mia.
PABLO. Pues ¿sabes que hace un negocio

redondo? No necesita
capital, porque los muebles
se los deberá al mueblista.

ANTONIO. Me he lucido, ¿quien le mueve
de casa? ni la justicia.

PABLO. Pasará en ella la corta
temporada de la vida.

ANTONIO. Más vale que caiga en mí
que en un padre de familia:
soy un árbol sin raices...

PABLO. Y todos te hacen astillas.

ANTONIO. Llegó su turno: veamos
qué dice la bailarina.

PABLO. Apuesto á que le ha ocurrido
una desgracia imprevista.

ANTONIO. Se han incendiado sus trajes.

PABLO. Y tú eres su compañía
de seguros.

ANTONIO. Tambien dice
que se ensaya á toda prisa
El espíritu del fuego,
y me ruega que la vista
para salir á las tablas.

PABLO. Que se ponga las cenizas
de los trajes incendiados
y saldrá muy llama-tiva.

ANTONIO. ¡Cuánta peticion!

PABLO. Sí, al cabo
acabarás por vestirla;
serás doncella...

PERICO. A propósito:
tenemos unas vecinas
que han llegado esta mañana,
y buscan una.

PABLO. ¿Son lindas?

PERICO. Una un sol: la otra una sombra...

PABLO. Y ¿quiénes son?

PERICO. Por la pinta,
deben tener episodios...
(ya la solté)

PABLO. Pero explica...

PERICO. Las acompaña un señor
que me tiene mucha tirria.

ANTONIO. ¿El de antes?

PERICO. Justo: el del reuma;
pero, silencio en las filas.

ESCENA VIII.

DICHOS Y ELISA.

PERICO. Aquí viene.
PABLO. (*Hace ademan de sorpresa al ver á Elisa y se dirige hácia Perico para castigarle.*)
Mala lengua,
te voy á romper la crisma.
PERICO. (*Huyendo.*)
Pues, señor, los episodios
están mal con mis costillas.

ESCENA IX.

ELISA, ANTONIO Y PABLO.

ELISA. Si nó está allí mi cartera,
puedo darla por perdida,
y en ella estaba la carta
tan tierna y tan expresiva.
¡Ah! (*Al ver á Pablo.*)
ANTONIO. ¿Qué ocurre?
PABLO. No esperaba
tener tan pronto la dicha...
ELISA. Pues yo creí llegar antes,
pero...
PABLO. Ya hace quince dias
que aguardaba...
ANTONIO. (Calla, calla,
ya llegó la de la cita.)
ELISA. Tuvo el tio que esperarse
para pasar la revista.
ANTONIO. (¡Qué simpática!) Ignoraba
que tuviese una amiga
tan distinguida, tan bella...
PABLO. (*Presentando Antonio á Elisa.*)
Mi tio... la señorita
de Requena... (*aparte á Antonio*) haz los cumplidos
y retírate en seguida.
ANTONIO. Yo he visto á usted otras veces.
PABLO. No es fácil.
ANTONIO. Lo juraria.
PABLO. La conocí en una casa
de Madrid que no visitas.
ELISA. Y del colegio he salido
tan poco que...

ANTONIO. Desearia
saber cuál fue su colegio.
ELISA. Santa Isabel.
ANTONIO. ¿Sí?
PABLO. ¿Te animas?
ANTONIO. No hay duda, debo haber visto
allí esta fisonomía.
PABLO. A propósito: ¿hay alguna
maestra bien parecida?
ELISA. Si son monjas..
PABLO. Pues mi tio
tuvo la monomanía
de rondar ese convento...
y sus amigos creian,
al verle entrar en la iglesia
de Santa Isabel un dia
y otro, asistir á novenas
y oir sermones y misas,
que le gustaban las madres
ó le gustaban la niñas.
ELISA. ¡Que buen humor!
ANTONIO. Los amigos
todo á su modo lo explican,
y pensando mal de todo
casi siempre desvarían.
ELISA. En la conducta de usted
no hallo motivo de crítica.
PABLO. Si lo extraño es que ocultaba
sus devotas correrías.
ANTONIO. No creia que era asunto
de escribirlo en las esquinas.
PABLO. Este es el solo hecho histórico
que nunca á mi gusto explicas.
ANTONIO. Pues... es claro: que soy viejo
y voy teniendo manías.
ELISA. Con el permiso de usted... (*Le da la mano como para retirarse*).
PABLO. ¡Qué! ¿nos deja usted, Elisa?
Mi tio tambien se marcha...
ANTONIO. Es verdad...
PABLO. (Vete en seguida.)
ANTONIO. (*Retirándose.*)
Parece buena... y es novia
de este trueno, (¡pobre chica!)
(*Entra en su cuarto asustado.*)

ESCENA X.

ELISA, PABLO.

PABLO. ¡Apenas la logro ver
huye usted del lado mio,
Elisa!

ELISA. Mamá ó mi tio
nos podrian sorprender.

PABLO. En teniendo sangre fria
no hay que temer.

ELISA. Pues yo temo.

PABLO. No, porque en último extremo,
usted me presentaría.

ELISA. ¿Cómo novio?

PABLO. Soy sensato
y á tal cosa no la obligo.

ELISA. Si supieran...

PABLO. Como amigo:
no hay que darles un mal rato.

ELISA. Mamá en esto es muy severa.

PABLO. Domaremos su altivez.

ELISA. Luego... Es la primera vez
que tengo amor.

PABLO. ¿La primera?

ELISA. ¿Se alegra usted?

PABLO. Con razon.
Halaga mi orgullo amante
ser el primer ocupante
de ese bello corazon.
Ahora, como soy más diestro,
la enseñare el silabario
del amor...

ELISA. ¿Es necesario
estudiarlo con maestro?

PABLO. En España, en el Perú,
en Viena, Berlin y Nantes
el usted de los amantes
debe pronunciarse tú.

ELISA. No aprovecho la leccion:
soy muy torpe.

PABLO. No convengo..

ELISA. Para esa palabra tengo
muy mala pronunciacion.

PABLO. Corrígela.

ELISA. ¡Qué atrevido!
me habla de tú.

PABLO. Ya lo vés,

si es muy fácil.
Elisa. Y hace un mes
que nos hemos conocido.
Pablo. Si es que te adoro.
Elisa. ¿Otra vez?
Me entro si sigue esa chanza.
Pablo. Pues, tendremos confianza,
allá para la vejez.
Elisa. (Temo que se enfade; y todo...
por una *t* y una *u*...)
Pablo. Como la hable á usted de tú,
no te sé hablar de otro modo.
Elisa. Me pondré seria.
Pablo. Al instante:
si no puedes,..
Elisa. ¿Qué no puedo?
Pablo. Pues yo nunca retrocedo;
mi divisa es «adelante.»
Elisa. Lo veremos.
Pablo. Y despues,
en el amor no hay medida:
nadie te amará en la vida
lo que te he amado este mes.
Elisa. (Si ruega mucho, me ablando.)
Pablo. ¿Callas? ¡La ingrata no cede!...
Elisa. Siga usted así, que puede
que me vaya acostumbrando.
Pablo. Vienen...
Elisa. *(Asustada)* ¿Sí?
Pablo. ¿Por qué te alteras?
Elisa. Voy al cuarto de mi tio.
Pablo. Pues yo me retiro al mio...
Que te enmiendes.
Elisa. Que me quieras.

ESCENA XI.

EUGENIA Y DON ROQUE con una cartera en la mano y una carta en la otra.

Eugena. Ella salió...
Roque. ¡Elisa!
Elisa. *(Desde dentro.)* Estoy
arreglándole á usted el cuarto.
Roque. Bueno, bueno. Pobrecilla,
por eso tardaba tanto.
¡Qué broma vamos á darla
con la carta!...
Eugenia. Mucho tacto
en esto, querido tio:
á mí me ha puesto en cuidado.

ROQUE. Si el sobre va dirigido
á la criada...
EUGENIA. El sobre... es claro:
pero lo demás...
ROQUE. Es cierto:
no es estilo de soldado.
(*Con sorpresa.*)
¡Y el sello es de Santander!
EUGENIA. ¿De veras?
ROQUE. No hay más: el Pablo
que firma se encuentra aquí
y le venimos buscando.
EUGENIA ¿Quien es Pablo?
ROQUE. Un nombre solo
sin apellido.
EUGENIA. ¡Habrá tantos!
Es preciso aclarar esto
al momento....
ROQUE. Sin descanso.
EUGENIA. Ella es muy niña...
ROQUE. Y ese hombre
puede ser un desalmado
como el otro... Disimula
que recuerde á cada paso
un hecho que ha de dolerte.
Pero, es natural: me exalto
cuando veo á ese perdido,
y hoy le he visto, y aun le he hablado.
Si vieras... está muy jóven.
EUGENIA. Y yo con el pelo blanco.
ROQUE. Es que tú has envejecido
con tus penas y cuidados
EUGENIA. Y es triste: yo que logré
huir de Ibañez tantos años,
le hallo al fin cuando estoy vieja
y es cada arruga un obstáculo.
ROQUE. Tú aún le quieres...
EUGENIA. Cuando jóven
pudo la voz del agravio
más que el amor; ¿seré débil
ante un afecto lejano,
hoy que la palabra amor
es ridícula en mis lábios?
Pero temo que este encuentro
destruya todo el trabajo
de una vida consagrada
á oscurecer el pasado.
Elisa piensa que ha muerto
su padre, y es necesario,
evitar que una imprudencia
ponga su orígen en claro.

ROQUE. Si ese hombre se arrepintiera...
si tuviera al fin un rasgo
de honor...

EUGENIA. Pero usted delira:
no hay quien reanude estos lazos.
Como soy vieja, ya puedo
decirlo: yo tuve encantos;
si con ellos no era amada,
sin ellos, ¿cómo le atraigo?

ROQUE. Perdona: te he entristecido
sin querer...más no me allano
á pensar, que Elisa es jóven,
y vá á hallar muchos obstáculos,
que no prevé, en este mundo
vicioso y preocupado.

EUGENIA. No quiero pensar en ello.

ROQUE. Uno juzga á los extraños
por su corazon...

EUGENIA. Y ese hombre
tiene el corazon de mármol:
lo que en nosotros ha sido
causa continua de llanto,
será un detalle en su vida,
acaso un triunfo olvidado.

ROQUE. ¡Triunfo! Burlar á una jóven
huérfana, y sin más amparo
que el de una madre achacosa.
¡Pobre hermana! y yo entre tanto
viviendo alegre en América
sin familia y sin cuidados.

EUGENIA. Parece que usted se culpa,
cuando le debemos tanto.

ROQUE. No hables de eso: yo he debido
buscar á ese hombre... hacer algo.
y te has interpuesto siempre.

EUGENIA. ¿A qué provocar escándalos?
He vivido retirada,
procurando no dar pávulo,
á las lenguas maldicientes
que hieren al desgraciado.
Yo me separé de Elisa,
y dí este sensible paso
por evitarla preguntas
que pudieran humillarnos.
Y mientras hice esta vida
de sacrificios amargos,
él dió rienda á su carácter
independiente y osado;
él no tuvo ni un recuerdo
para su hija...

ROQUE. Convengamos

en que no le ha sido fácil
averiguar dónde estábamos.
Elisa con mi apellido
casi ha vivido en un cláustro,
y nosotros en un pueblo
que casi era un despoblado.

EUGENIA. ¿Pero usted disculpa á Ibañez?

ROQUE. Tiene razon. Si es lo estraño,
que á veces le aborrecemos
y á veces le disculpamos.

ESCENA XII.

DICHOS Y PABLO.

PABLO. Ver parientes siempre alegra
y con capa de vecino...
A sus piés... (*Saludando*)

ROQUE. (*A Eugenia.*) Será el sobrino...

PABLO. Qué venerable es mi suegra.

EUGENIA. ¿Conque éste á Ibañez auxilia?

ROQUE. Será el otro perdulario.

PABLO. (Adelante: es necesario
ingresar en la familia.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ELISA.

ELISA. (*Se detiene temerosa al ver á Pablo y á su familia.*)
(¡Ay! ¿qué haré?)

PABLO. (Buena ocasion.)
(*Se acerca á Elisa y la da la mano.*)
¿Usted aquí?

ELISA. (¡Qué imprudente!)

PABLO. (La obligo á que me presente.)
(*Eugenia y D. Roque manifiestan una gran sorpresa al ver que Pablo saluda á Elisa.*)

EUGENIA. (*A D. Roque.*)
¡Se tratan!

PABLO. (*Mirando á unos y otros.*)
(¡Gran sensacion!)

ELISA. El señor... es un amigo
de Petra.

PABLO. De las de Nava...

ELISA. Aquella chica que estaba
en el colegio conmigo.

EUGENIA. (¡Qué contrariedad!) Me alegro

de verle...

ROQUE. (*Con mal humor.*) Muy señor mio...

EUGENIA. Mi tio...

PABLO. (Pues es un tio
que tiene cara de suegro.)

ESCENA XIV.

DICHOS, PERICO y luego ANTONIO.

PERICO. Pueden pasar á la mesa
si gustan... (Ya están unidos.)

ROQUE. Quiero hacerte los cumplidos.
(*A Elisa, la ofrece el brazo. Perico llama á la puerta del cuarto de Antonio.*)

PERICO. ¡Señor!
(*Pablo dá el brazo á Eugenia*)

EUGENIA. (*Con impaciencia.*) Vamos.

PERICO. (*Mirando á Pablo con ironía.*) Buena presa. (*Entra en el cuarto.*)

ELISA. Es temprano de seguro;
espere usted... yo quisiera...

ROQUE. Lo sé: buscas tu cartera...
y la tengo yo...

ELISA. ¡Qué apuro!

EUGENIA. (Va á salir: me hallo cobarde,
y ahora ó despues...) Anda, Elisa.

ROQUE. ¿Ves? tu madre tiene prisa.

ELISA. Por mi salgamos.
(*Antonio sale de su cuarto y queda sorprendido.*)

EUGENIA. (Ya es tarde.)

ANTONIO. (¡Es Eugenia!)

EUGENIA. (¡Cómo estoy!)

ANTONIO. ¡Señora!...

EUGENIA. (Al verme se asombra.)
(*Le salúda con frialdad y afectacion.*)

ANTONIO. (¡Qué mudanza! es una sombra.)
¿No recuerda usted quién soy?...

EUGENIA. No acierto... (¡Qué agitacion!)
nada, ni un recuerdo abrigo...

ANTONIO. Sí, señora, he sido amigo
de usted en otra ocasion.

PABLO. Confundes...

ANTONIO. No me confundo
ahora, como tú aseguras.

PABLO. Nada, tio, te figuras
que tratas á todo el mundo.

ELISA. Mamá: á veces se varía
tanto que pudiera ser.

ROQUE. ¡Quién te pide parecer?
ANTONIO Esa niña...
EUGENIA. Es hija mia.
PABLO. (Le ha gustado...)
ANTONIO. *(Mirando á Elisa)* (¡Qué así goze y sufra!...)
PABLO. (Sigo en mis trece...)
ANTONIA. ¿Conque es hija?...
EUGENIO. Me parece que tampoco la conoce: salgamos. *(A Pablo.)*
ANTONIO. (De ella me aparta la primera vez que la hablo.)
PABLO. *(Con ironía al tiempo de salir.)* ¡No nos sigues?
ANTONIO. Ya voy, Pablo.
EUGENIA. (¡Pablo!)
(Al oir este nombre D.ª Eugenia y D. Roque cambian miradas significativas.)
ROQUE. (¡Pablo!)
EUGENIA. (¡El de la carta!)
(Salen todos menos Antonio.)

ESCENA XV.

ANTONIO, despues PERICO, que sale del cuarto del primero.

ANTONIO ¡Qué hermosa era esa mujer!
Si esto da miedo y aplana.
Hoy, en su rostro de anciana,
no queda un rasgo de ayer.
Pero, en cambio, experimento
que mi vida se renueva:
el amor de mi hija eleva
el alma á otro sentimiento.
Y en este afecto no hay dolor..
Pero la apartan de mi...
PERICO. ¡Cómo! ¿está usted solo?
ANTONIO. Sí:
solo, enteramente solo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PABLO y PERICO.

PABLO. Sabes que no quiero verte;
¿á qué vienes?
PERICO. Señorito,
no me guarde usted rencor,
que vengo á hacerle un servicio.
PABLO. Sé breve.
PERICO. (*Mirándole con aire picaresco.*)
¿Usted quiere té?
PABLO. Detesto ese sudorífico
PERICO. Es que... es de la China...
PABLO. A mí
no me dan bromas los chinos.
PERICO. Usted verá: las señoras
lo toman aquí ahora mismo.
PABLO. ¿De veras? Tráeme una taza
aunque luego sude el quilo.
PERICO. ¿Ve usted? Yo soy complaciente.
PABLO. No te pesará ser listo.
PERICO. Tengo además un secreto.
PABLO. ¿Cuál es?
PERICO. ¿Me da usted permiso?
PABLO. Me alarmas.
PERICO. La cosa es gorda:
se va usted á quedar vizco.
PABLO. Algun chisme de los tuyos.

PERICO. ¿Cómo chisme? ¡Si lo he visto!
PABLO. Explícate.
PERICO. (*Con misterio.*) Don Antonio
tiene trastornado el juicio.
Hace el amor á la vieja.....
PABLO. (*Con asombro.*)
¿A doña Eugenia?
PERICO. Lo dicho.
Estaba en una ventana
agarrado al molinillo
del café, cuando salieron,
ella de prisa, él lo mismo:
el hombre la cortó el paso
parándola en el pasillo;
la mujer le dijo cosas...
que siento no haber oido;
él se quedó hecho una estátua,
y ella siguió su camino.
PABLO. (¡Ya! quiere jugar por tabla...)
Nunca lo hubiera creido.
PERICO. ¿Y quién lo iba á sospechar
de un hombre de sus principios?
PABLO. Yo creo que te equivocas.
PERICO. Fué un arrebato, un capricho,
una mala tentacion
quizás..... pero lo ha tenido.
PABLO. Cállalo.
PERICO. Por su buen nombre
quiero hacer el sacrificio
PABLO. ¿Y el té?
PERICO. Voy. Lo que es á usted,
no le hubiera sucedido. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA II.

PABLO.

Es mi rival, no lo dudo:
el dato es elocuentísimo;
mi tio, con un rodeo,
quiere entrar en mis dominios.
Le gusta la colegiala,
porque solo así me explico
esa aficion repentina
á monumentos antiguos.
Su reserva, sus palabras
y aquel mirar tan contínuo
á Elisa, son para mí
testimonios expresivos.

Bien, se entablará la lucha
entre el tio y el sobrino:
mi conciencia está tranquila
pues soy el acometido.
Y... no le temo, aunque sé
que es respetable enemigo...
La chica me quiere, y luego,
hablando conmigo mismo;
soy jóven, y el es un gallo
que canta hace medio siglo;
además, esa familia,
bien ó mal, me ha recibido,
y el con la vieja, se encuentra
á dos pasos del ridículo.
Aprovechemos su yerro:
se metió en un laberinto,
y es natural que le ayude
á caer en ese abismo..
Si logro que doña Eugenia
le llegue á tomar cariño;
si su corazon perturbo
con la imágen de mi tio,
ó el desaparece, ó tiene
que recurrir al suicidio..

ESCENA III.

EUGENIA del brazo de D ROQUE: ELISA que entra delante, y PABLO. Las señoras no han variado de traje.

Roque. (*A Eugenia.*)
Si tú lo quieres así
por impedir otro encuentro,
tomaremos el té dentro,
pero lo he pedido aquí.

Eugenia. (*A D. Roque.*)
Evitemos su presencia.

Roque. No te obligo á que te quedes.

Pablo. (*Se adelanta hacia Eugenia sonriendo.*)
Hoy tomo el té con ustedes.

Eugenia. (*Se sonrie con política forzada y dice á D. Roque.*)
No hay más que tener paciencia.

Pablo. (*Que despues de hablar á Eugenia se ha dirigido á Elisa, dice á esta.*)
¡Que bien se está aquí! ¿No es cierto?

Elisa. (*Con timidez.*)
Sí, señor: en lo que cabe.....
(*Perico entra con el té y le coloca en una mesilla.*)
(El pobre Pablo no sabe

que todo lo han descubierto.)

Perico. Cuatro tazas..... (*A D. Roque.*) y el licor.

Roque. ¿Es buen rom?

Perico. De muchos grados.

Pablo. (*A Elisa.*) Oye.....

Elisa. (*A Pablo por lo bajo*) Que están enterados.

Pablo. (¿Quien me habrá hecho ese favor?)

(*Eugenia y D. Roque han observado el juego y se miran con recelo.*)

Eugenia. (*A D. Roque.*)
(¡Qué desdicha si le ama!)

Roque. (Habrá que guardar la viña.)
D. Roque echa té en una taza y se lo lleva á Elisa.)
(*Pablo imita su galantería.*)
El viejo sirve á la niña.

Pablo. Y el jóven sirve á la dama.
(*D. Roque queda colocado junto á Elisa en un extremo de la escena: en el otro estarán Eugenia y Pablo, de modo que hablan ambos grupos con independencia.*)

Perico. (Para hablar con su pareja,
todo estaba preparado;
el chasco ha sido pesado:
tomar té y con una vieja.) (*sale.*)

Pablo. (*A Eugenia, señalando á D. Roque.*)
¡Cómo quiere á su sobrina!

Eugenia. Oh, mucho.

Pablo. Ella lo merece;
y es claro, él se enorgullece
cuando su rostro examina.

Eugenia. Es bello todo lo nuevo:
sus quince años.....

Pablo. Es verdad,
pero hay quien tiene otra edad
y es amada..... (*Eugenia hace un movimiento de sorpresa.*)
(Mordió el cebo.) (*Siguen hablando bajo.*)

Roque. (*A Elisa.*)
Buena riña te prepara
tu madre.

Elisa. En usted confío.

Roque. No tal, aquí no hay tu tio:
¿no vés mi enojo en mi cara?

Elisa. Usted pedirá por mí.

Roque. Me desarmas al momento:
yo he mandado un regimiento
y no sé mandar en tí.

Pablo. (*A Eugenia.*)
No se ama con el ardor
propio de las mocedades.....

Eugenia. Cierto: en todas las edades
se puede sentir amor:

el de madre.....

PABLO. Me refiero
á otra pasion más violenta.

EUGENIA. De ese amor estoy exenta
por mis años, caballero.

PABLO. Yo sé que alguien.....

EUGENIA. Como chanza
oigo esa galantería.

PABLO. Pues mucho más la diria
si tuviera confianza.

EUGENIA. (*A D. Roque.*)
Cuánto habla usted: desde léjos
le estoy ha tiempo observando.

ROQUE. (*A Eugenia.*)
Sobrina, estoy confesando
que son débiles los viejos.

ELISA. O amables..... (*A D. Roque.*)

ROQUE. (*A Elisa.*) Ya me hago cargo.

PABLO. (*A Eugenia.*)
Aquí, eludir la cuestion
casi es darme la razon.
(*Eugenia hace un gesto de marcado disgusto.*)
¿Qué es eso?

EUGENIA. (*Con intencion.*) Que el té es amargo.

ELISA. (*A D. Roque.*)
Si él es bueno.

ROQUE. No me apartas
de la senda del deber.
Esta chica va á querer
que yo les lleve las cartas.

PABLO. Quien lo que pasa en la vida
observa de cierto modo,
suele explicárselo todo.

EUGENIA. (Esta es leccion aprendida.)

PABLO. Porque alguno expresa el goze
sin poderse contener:
porque al ver á una mujer
le dice que la conoce.

EUGENIA. (Pondré á raya á este atrevido.)
(*Aparece Antonio por el fondo.*)

PABLO. (*Cediéndole el sitio.*)
Tio, llegas á buena hora:
explícale á esta señora
en dónde la has conocido.

(*Antonio, Eugenia y D. Roque dan muestras de disgusto.*)

ESCENA IV.

DICHOS, ANTONIO, que se sienta al lado de EUGENIA mientras PABLO se coloca entre D. ROQUE y ELISA.

EUGENIA. (El.)
ANTONIO. (*A Eugenia.*)
Cuando ménos se piensa
se realiza una esperanza.
EUGENIA. Es muy tosca la asechanza,
pero no tengo defensa.
PABLO. (*A D. Roque.*)
Usted será militar:
se le conoce á usted mucho.
ROQUE. Sí, me batí en Ayacucho.
PABLO. ¡Ya tendrá usted que contar!
(*D. Roque habla con Pablo.*)
ANTONIO. (*A Eugenia.*)
Su frialdad me hace daño.
EUGENIA. Usted lo ha querido así:
para Elisa y para mí,
será usted siempre un estraño.
ANTONIO. Esa oposicion se estrella
contra un honrado deber:
nadie se puede oponer
á que yo vele por ella.
EUGENIA. Ni su apoyo la conviene,
ni mi decoro lo admite.
¿Qué quiere usted? ¿que la quite
la tranquilidad que tiene?
ANTONIO. ¡Oh! no.
(*Con calor.*)
Pero esa reserva
me cerrará siempre su alma
y yo no.....
EUGENIA. Tengamos calma
porque Elisa nos observa.
PABLO. (*Mirando á Antonio.*)
Antonio anda su camino)
y yo.....)
ROQUE. (*A Pablo.*) Salieron huyendo......
ELISA. (*Mirando á Antonio.*)
(¿Le estará mamá diciendo
que reprenda á su sobrino?)
ROQUE. (*A Pablo.*)
No nos venció la metralla.
PABLO. (*A D. Roque.*)
Esa relacion aterra.

ROQUE. (*Transicion.*)
(Yo hablando aquí de la guerra
y allí se dá una batalla.)

PABLO. (*A Elisa con disimulo y rapidez.*)
¿Nos podremos ver?

ELISA. No sé.

PABLO. (*A D. Roque.*)
Entonces no habia ascenso
por accion.

ROQUE. (*A Pablo.*) ¡Qué! ni por pienso:
hombre, aquí me tiene usted.

PABLO. ¡Coronel en cien peleas!
y para entonces no es poco.

ROQUE. (Aunque le educó ese loco
no tiene malas ideas.)

ANTONIO. (*A Eugenia, señalando á los jóvenes.*)
Un medio hay disimulado
de que esté en mi compañía
sin saber.....

EUGENIA. Nunca: seria
arrancarla de mi lado.
(*Levantándose.*)
Ven, Elisa.

ELISA. (*A D. Roque, muy alarmada.*)
Por merced,
tio, venga usted conmigo.

PABLO. (*A Eugenia.*)
¿Conque, al fin, era su amigo?

EUGENIA. Nó y lo siento por usted.
(*Entran en el cuarto de Eugenia.*)

ESCENA V.

ANTONIO y PABLO.

PABLO. Aunque se encara conmigo,
te corresponde el desaire:
siento decírtelo, pero
no le gustas á la madre.

ANTONIO. Te burlas del sacrificio
cuando he querido ayudarte:
bien me preparaste el campo.....

PABLO. Es natural que me pagues
los servicios que te hice
en aventuras galantes:
al fin es una mujer,
aunque fuera de combate,
y puede haber sido guapa;
yo en cambio, por auxiliarte,

estuve todo un invierno
llevándome un hombre al baile;
te he guardado las espaldas,
y por evitarte un lance,
hice una vez de sereno
cantando la hora en la calle.

ANTONIO. Hemos hecho en este mundo
muchísimos disparates.

PABLO. ¿Te arrepientes?

ANTONIO. Nó, me hastío.

PABLO. Me sorprende tu lenguaje.

ANTONIO. Hay que arreglar nuestra vida.

PABLO. El demonio harto de carne....

ANTONIO. Y tú eres un buen muchacho
que quieres hacer alarde
de hombre gastado, y te has hecho
una fama detestable.
Con esta vida se logra
aburrirse y arruinarse.

PABLO. Te advierto que soy muy jóven
y no he llegado á cansarme;
pero tu arrepentimiento
no me edifica: lo haces
porque eres un egoista
y no quieres molestarte.
(No hay duda ya: mi sospecha
toma cuerpo.) Te distraes.....

ANTONIO. Nó, si te escucho.

PABLO. Tú puedes
hacerme un servicio grande,
volviendo á la madre ciega
mientras que yo.....

ANTONIO. Pablo, cállate.

PABLO. (*Asombrado.*)
(¿Si la amará con buen fin?)

ANTONIO. (Sus palabras me hacen sangre.)

PABLO. (*Echándole el brazo por el hombro.*)
Vamos: hazme esa conquista;
yo no te pido que ames
á una mujer que fué bella
allá en el año del hambre,
sino que hagas por tu prójimo
lo que hizo en casos iguales:
Elisa me quiere mucho,
y tú no puedes negarte.

ANTONIO. Si no me opongo á ese afecto:
al contrario, me complace.
¿Tú la quieres?

PABLO. Es tan bella
y tan buena.....

ANTONIO. Pablo, cásate.

Pablo. (*Con intencion.*)
¡Qué atrocidad! No creia
que fueses tan adelante.
¿Tú arreglando matrimonios?
Tio, no estás en carácter. (*Se dirige al cuarto de Antonio.*)

Antonio. Escucha. (*Siguiéndole.*)

Pablo. Ni una palabra.
(*Entra Pablo en el cuarto y detrás Antonio.*)

Antonio. (*Dentro.*)
Ven.

Pablo. (*Dentro.*) No me convence nadie.

Antonio. (*Id.*) Reflexiona.

Pablo. (*Id.*) No me sigas.
(*Pablo sale y se detiene un instante en la puerta.*)
Quédate ó cierro con llave.
(*Despues de vacilar un instante, se dirige con rapidez hácia el fondo.*)
En ocasiones como esta,
el huir no es de cobardes.
(*Sale por el foro, donde tropieza con Perico; éste se queda sin entrar observándole.*)

ESCENA VI.

PERICO, D. ROQUE y ELISA. Estos últimos salen del cuarto de las señoras, pero D. ROQUE nose adelanta.

Perico. ¿A dónde irá sin sombrero?
(*Al ver salir á Elisa, Perico hace señas á Pablo.*)

Roque. (*A Elisa.*)
Entra en mi cuarto un instante,
mientras hablo de tu asunto
(y del otro que es más grave.)

Perico. Ya me ha visto.

Roque. (*Mientras entra Elisa.*) Que no salgas.
(*Elisa y D. Roque salen de escena: este último entra en el cuarto de Eugenia.*)

Perico. ¡Si son jóvenes! que hablen.

ESCENA VII.

PERICO y PABLO.

Pablo. ¿Qué te ocurre?

Perico. Lo de siempre;
proteger á usté y de balde.

La niña está en aquel cuarto,
y allí quedan los guardianes.

Pablo. Bien: toma. (*Le da dinero.*)

Perico. (*Lo toma.*) No se lo dije
por interés.

Pablo. Pero, lárgate.

Perico. (*Recogiendo el servicio d l té y marchándose por el fondo.*)
¡Pobre niña! Los solteros
somos muy perjudiciales.

ESCENA VIII.

PABLO y ELISA.

Pablo. Ni ellos ni el otro me ven,
y Elisa en ese aposento.....
vamos á llamarla: ¿quién
desperdicia este momento?
(*Se dirige al cuarto de D. Roque y dice junto á la puerta.*)
¡Elisa! ¡Elisa!

Elisa. (*Entreabre la puerta.*) ¡Que voces!
Váyase usted, por favor.

Pablo. Pero, Elisa, ¿no conoces
que este es mi puesto de honor?

Elisa. Yo me retiro.

Pablo. No esperes
que ceda.

Elisa. (*Cerrando.*) Es una locura.

Pablo. (*Habla por la cerradura.*)
Pero mujer, ¿es qué quieres
que hable por la cerradura?
(*Elisa abre otra vez.*)

Elisa. Nos oirán.

Pablo. Sal.

Elisa. Yo saldría.....

Pablo. Si estamos en un desierto.

Elisa. ¡Claro!

Pablo. Y no sé todavia
cómo nos han descubierto.

Elisa. Cogieron la carta aquella
en que, á vuelta de otras flores,
usted me llamaba estrella
luna y sol de sus amores.

Pablo. Mi cielo. ¿Vuelves adentro?
mira que estoy aburrido;
se acabó ya: ¿sales ó entro?

Elisa. (*Saliendo.*)
Es usted muy atrevido.

Pablo. Nó, ¿qué puede suceder?

¿una sorpresa imprevista?
¿nos quitarán el placer
que produce la entrevista?

ELISA. Usted no ha de soportar
la riña.

PABLO. ¡Qué pocos años!
¿pierdes algo con trocar
estos goces por regaños?
Quien quiere, debe querer
sin calcular los perjuicios:
en el amor hay que hacer
muchísimos sacrificios.

ELISA. Es que hay hombres para todo.

PABLO. Nó digas ridiculeces.

ELISA. Que engañan con muy buen modo.

PABLO. Eso ocurre pocas veces.

ELISA. Sí, señor, se citan nombres.....

PABLO. Es que á las chicas solteras
os asustan con los hombres
como si fuéramos fieras.

ELISA. Lo que dije es verdadero
puesto que le mortifica.

PABLO. Al hombre que sale fiero
la mujer le doméstica.
Yo que te amo delirante
te trato como un hermano:
la prueba es que hasta este instante
no te he cojido la mano. (*La toma.*)

ELISA. ¿Eh?

PABLO. La mano: ya lo vés.

ELISA. (*Retirándola.*)
Me va usted á hacer que dude.

PABLO. (*Finje alejarse indignado.*)
Y se la dará despues
al primero á quien salude.

ELISA. (*Acercándose á Pablo.*)
No te incomodes: detente.
(¡Ay! le hablo de tú.) No puedo.....

PABLO. (*Volviendo.*)
Pues si yo fuera exigente.....

ELISA. La mano no.

PABLO. Pues un dedo.

(*Pablo toma un dedo con mucho miramiento y luego besa la mano de pronto: aparece Antonio.*)

ESCENA IX.

DICHOS, ANTONIO, éste se adelanta ofendido.

ANTONIO. ¡Pablo! ¡Pablo!
ELISA. (Es un sonrojo.)
PABLO. (*Con estrañeza.*)
¿Qué ocurre?
ANTONIO. (*Conteniéndose.*) Si es que te llamo.
PABLO. Pero ¿te pasa algo grave?
ELISA. (*Alejándose con timidez.*)
(Yo me retiro á ese cuarto.)
ANTONIO. Un momento. (*A Elisa: esta se detiene sorprendida.*)
PABLO. Estás en Babia.
ANTONIO. Tengo..... que hacerte un encargo.
ELISA. (La culpa no ha sido mia.)
PABLO. Si no te explicas más claro.....
ANTONIO. Que entres..... y tomes dinero
del bufete. (*Dándole una llave.*)
PABLO. Pero ¿cuánto?
ANTONIO. (*En voz baja.*)
Los diez mil reales que pide
Hortensia.
PABLO. ¡Padeces raptos!
(Me aleja.)
ANTONIO. Toma el dinero
y vé al instante á girarlo.
PABLO. Tiene suerte la bolera.
ANTONIO. Sí. (*Con sequedad.*)
(*A Elisa.*) Se trata de un contrato.....
PABLO. Mi tio quiere dar bailes.
ELISA. ¿Usted?.....
PABLO. Se ha vuelto empresario.
ANTONIO. (*Con dureza.*)
Sal pronto.
PABLO. No te incomodes:
(lo que pasa es muy estraño.) (*Entra en el cuarto.*)
ANTONIO. Dispénseme usted, Elisa,
si la detengo.
ELISA. Es el caso,
que estoy aquí muy violenta
por si salen.
ANTONIO. Yo me encargo
de disculparla.
ELISA. No obstante.....
ANTONIO. Tenemos que hablar despacio:
la he cobrado á usted cariño

aun cuando apenas la trato,
y quiero darla un consejo,
si no se niega á escucharlo.

ELISA. No, señor, con mucho gusto.....
Pero él me cogió la mano
por sorpresa: usted llegó
cuando iba á hablarle muy alto.

ANTONIO. No se aflija usted: he visto
su accion. (*Se oye la puerta.*)
Qué puede escucharnos.

(*Sale Pablo con el sombrero en la mano y dice apart á Antonio.*)

PABLO. Protesto. Esto es un abuso
de autoridad..... un escándalo.

ANTONIO. (*Impaciente.*)
¡Hombre!

PABLO. Conven en que el medio
no es de lo más diplomático:
así la ventaja es tuya.

ANTONIO. ¡Qué atrocidad! (*Con indignacion.*)
¡Vete, Pablo!

PABLO. (*Retirándose sorprendido.*)
Nunca me habló de este modo.
Aquí hay algo extraordinario. (*Sale.*)

ESCENA X.

ANTONIO y ELISA. El primero, despues de axaminar la escena, se dirige á ELISA sonriendo.

ANTONIO. Mi papel es muy sencillo
si usted atiende mi ruego;
el amor, que siempre es ciego,
necesita lazarillo.
Usted ama: sin sonrojos
puede confesarlo.

ELISA. ¿Yo?.....

ANTONIO. No me diga usted que no:
lo estoy leyendo en sus ojos.
Usted, en estos momentos,
está temiendo que empiecé
reprendiéndola.

ELISA. (Parece
que escucha mis pensamientos.)

ANTONIO. Cese su desconfianza.

ELISA. No, señor, no desconfio.

ANTONIO. ¿Es de veras? Pues ansío
que hagamos una alianza.

ELISA. No estrañe usted el temor

que me causa su exigencia.

ANTONIO. Elisa, soy la experiencia
que ofrece ausilio al candor.
Usted ama á Pablo.

ELISA. (*Bajando los ojos.*) Él
asegura que me quiere.

ANTONIO. Vamos, y usted ¿le prefiere
á todo?.....

ELISA. Si fuera fiel.....

ANTONIO. (¿Llegaré tarde quizás?
me va á divertir el niño.)
¿Qué la ofrece á usted?

ELISA. Cariño.

ANTONIO. ¿Y nada más?

ELISA. (*Con extrañeza.*) Nada más.

ANTONIO. (*Con lástima.*)
(¡Mis temores halla estraños!)
Más de seguro se atreve
á pedir mucho.....

ELISA. Que lleve
con paciencia los regaños.

ANTONIO. (*Sonriendo.*)
¿No ofrece otros beneficios?

ELISA. Al contrario: me hace ver
que en el amor hay que hacer
muchísimos sacrificios.

ANTONIO. (*Disgustado.*)
(¿Y puede tenderse un lazo
con intenciones tan frias?
¡Ay! si son las armas mias
que me hieren de rechazo.)

ELISA. ¿Qué tiene usted?

ANTONIO. Nada siento.....
es que..... me quedé abstraido,
para explicarle el sentido
de ese oscuro pensamiento.
Por sacrificarse empiece
la mujer, en su pasion,
hasta tener conviccion
de que el hombre la merece.
Si el viene á turbar su calma,
el sacrificio consiste
en ahogar ese amor triste,
que es veneno para el alma.
(*Al ver afligida á Elisa.*)
Mi lenguaje no es ameno.....

ELISA. Como lo hace usted por mí.....
Y luego, quien habla así
debe haber sido muy bueno.

ANTONIO. (¡Ay! me ha herido la conciencia.)
Es que en llegando á mi edad

se siente necesidad
de velar por la inocencia.
Y es justo que uno se altere,
al mirar cómo se ensaña,
el hombre astuto, que engaña,
contra la mujer, que quiere.
Teniendo Pablo algun freno,
en su corazon hay vida:
mas su educacion torcida
ahoga en él todo lo bueno.
Si yo en usted infundiera
los sentimientos que abrigo,
vería en mí, nó un amigo,
un padre.....

ELISA. ¡Quién le tuviera!
Me anima que se interese
alguien por mí.....

ANTONIO. Hija, yo.....

ELISA. Porque mi padre murió
antes de que yo naciese.
Pienso en él y nada sé.

ANTONO. ¿No tiene usted ningun dato?

ELISA. Nada: ni un solo retrato
que me diga cómo fué.
Pregunto siempre á mi madre
en un sitio concurrido
¿no hay un hombre parecido,
entre tantos á mi padre?
Ella, porque no padezca,
busca una fisonomía,
y no ha hallado todavía
nadie que se le parezca.

ANTONIO. (*Con amargura.*)
(Es verdad.)

ELISA. Esta razon
le dirá á usted lo que peno
pensando en él.

ANTONIO. (*Llevándose la mano al pecho.*)
(¡Cuánto cieno
hay en este corazon!)

ELISA. Desde niña, siempre he unido
su nombre á todas mis preces:
he llorado muchas veces
ese amor desconocido.
No sabe usted la impresion
que otra niña causó en mí
el dia en que recibí
la primera comunion.
Como la aguardaban fuera
sus padres, ella, en mí fija,
me dijo:—Tú no eres hija

de nadie; nadie te espera.

ANTONIO. (*Afectado.*)
Si yo creo que asistí
á esa comunion.....

ELISA. Quizás:
pero era un estraño más;
no iba usted allí por mí.

ANTONIO. Si viera usted..... Me hace daño
esa frase en este instante:
pero, de hoy en adelante
¿no me tendrá por estraño?

ELISA. El afecto que usted siente
yo se lo debo pagar.

ANTONIO. ¡Que no pueda yo alhagar
su corazon inocente!
No me guarde usted rencores
si hiero ese corazon
quitándole la ilusion
de sus primeros amores.

ELISA. (*Con temor.*)
Diga usted.....

ANTONIO. Aunque la aflija
la rudeza con que hablo,
no recuerde usted á Pablo:
no la merece. (¡Pobre hija!)
Sufre usted y yo á mi vez
lamento lo que he perdido:
esa union hubiera sido
la dicha de mi vejez.
Pero ¿me vá usted á odiar?
(La toma una mano: Elisa llora.)
¡Elisa! ¡Elisa querida!
(La hablo una vez en mi vida
y es para hacerla llorar.)

ESCENA XI.

EUGENIA, D. ROQUE y los mismos.

EUGENIA. Está con él. (*A D. Roque.*)

ROQUE. (*A Eugenia.*) ¿Le habrá dicho
el secreto?

EUGENIA. (*A D. Roque.*) ¡Está llorando!
(*Eugenia y D. Roque se adelantan hácia Elisa: ésta enjuga sus lágrimas.*)

ANTONIO. Elisa no tiene culpa
de nada.

ROQUE. (*Con dureza.*) No lo ignoramos.

ANTONIO. ¡Caballero!
ROQUE. Si usted quiere,
luego hablaremos despacio.....
ELISA. ¿A qué viene este disgusto?
El señor me estaba dando
pruebas de afecto.
EUGENIA. (*A D. Roque.*) Es preciso
que hable con él en el acto.
ROQUE. (*A Eugenia.*)
¡Primero yo!
EUGENIA. (*A D. Roque.*) ¡Por Elisa!
ROQUE. (¡Ardo en ira!) Elisa, vámonos.
(Entran en el cuarto D. Roque y Elisa.)

ESCENA XII.

EUGENIA y ANTONIO.

EUGENIA. El llanto que sorprendí,
me llena de indignacion.
Exijo una explicacion
de lo que ha pasado aquí.
ANTONIO. Nada sabe. La impaciencia
de mi afecto he reprimido.
Cálmese usted: no he venido
á perturbar su inocencia.
Mi intencion era más pura:
quise arrancar de su pecho
un amor que hubiera hecho
acaso su desventura.
EUGENIA. Yo hubiese de todos modos
cumplido el mismo deber;
porque ese amor puede ser
la desventura de todos.
ANTONIO. Tal vez mi felicidad
de esa pasion dependia.
EUGENIA. ¿Cree usted que yo aceptaría
semejante intimidad?
ANTONIO. Pero el tiempo ¿no ha estinguido
ese profundo rencor?
EUGENIA. Está usted en un error;
no es rencor esto: es olvido. (*Se retira.*)
ANTONIO. *(Deteniéndola.)*
Nó, me debe usted oir.
EUGENIA. Si no nos entenderemos.
ANTONIO. Hoy es justo que arreglemos
la cuestion del porvenir.
EUGENIA. ¿Y que su solicitud
de mi Elisa me desuna?....
Nó, quien la meció en su cuna

guiará su juventud.
ANTONIO. No la prive usted, por Dios,
del amor que en mí ha brotado.
EUGENIA. Sola me encontré á su lado
y la quise por los dos.
ANTONIO. Usted siempre la ha tenido:
yo la acabo de encontrar;
déjeme usted compensar
todo el tiempo que he perdido.
EUGENIA. El escucharle me exalta:
usted todo lo atropella,
sin ver que entre usted y ella
no hay más lazo que una falta.
ANTONIO. Tal vez la ley se la exija
si á mi ruego usted no acceda.
EUGENIA. ¡Ah! ¿quiere usted que me quede
con la vergüenza y sin hija? (*Con ironía.*)
Sí, es el padre: entró una vez
en una familia honrada,
y la dejó abandonada
llorando por su honradez.
No se perturbó jamás:
siempre gozoso y galante,
siguió camino adelante
sin volver la cara atrás.
La víctima, con profundo
dolor, buscó, en su afliccion,
un escondido rincon
donde ocultarse del mundo.
Una vida sin sucesos
surcó de arrugas su frente,
cuidando á un ser inocente
entre lágrimas y besos.
El, hoy, reclama esos lazos:
yo... le he de dar mi hija amada.....
No hay juez, ni leyes, ni nada,
que la arranquen de mis brazos.
ANTONIO. No emplearé medios violentos:
haré lo que ustedes quieran:
pero...., ustedes me exasperan
ahogando mis sentimientos.
Busqué á Elisa sin cesar
y usted siempre la ha ocultado
de mi vista.
EUGENIA. ¡La ha buscado...
y no la ha sabido hallar!
ANTONIO. A no hablarla de su cuna
sinceramente me obligo;
la veré como un amigo.....
pocas veces.....
EUGENIA. Nó, ninguna.

ANTONIO. ¿Y si yo disimulara
hábilmente mi pasion?
EUGENIA. Las luchas del corazon
se reflejan en la cara.
ANTONIO. Pero yo dotarla quiero
y asegurar su existencia
EUGENIA. Las deudas de la conciencia
no se pagan con dinero.
ANTONIO. ¿Ningun medio se le alcanza?
EUGENIA. La suerte no lo permite.
ANTONIO. ¿No quiere usted que me irrite
si pierdo hasta la esperanza?
Si yo cometí un error,
que con pesar manifiesto,
la pena que se me ha impuesto
ha sido mucho mayor.
EUGENIA. Ibañez, en nuestro estado
mi resistencia es precisa.
ANTONIO. Se lo ruego por Elisa.....
(*Eugenia hace signos negativos.*)
por aquel pasado.....
EUGENIA. ¡Aquel! (*Reprimiéndose.*)
Sucedió el sosiego
á las ideas mundanas,
y la nieve de mis canas
apagó todo aquel fuego.
ANTONIO. Pero dejó alguna huella.....
Está usted casi llorando
EUGENIA. ¿No he de llorar recordando
qué fuí jóven, pura y bella?
Y llegó usted á mi casa,
y fé en sus palabras tuve,
y fué usted como la nube
que al pasar todo lo arrasa.
ANTONIO. Que me ame Elisa, por Dios:
no se puede á esto oponer
quien me quiso.....
EUGENIA. Eso fué ayer;
hoy no hay nada entre los dos.

ESCENA XIII.

DICHOS, ELISA y D. ROQUE, el cual procura detener á aquella.

ELISA. Déjeme usted. (*A D. Roque.*)
ROQUE. (*A Elisa.*) ¡Pero, Elisa!.....
ELISA. (*A D. Roque.*)
Que sepa que he renunciado.
(*Se adelanta hácia su madre.*)

No hablen ustedes más de eso.....
(*Se queda sorprendida examinándola.*)
¿Usted tambien?

Eugenia. (Vió mi llanto.)

Elisa (*Mirando á Antonio y á Eugenia.*)
Nos hace llorar á todas.....

Antonio. (Y á mí todos me hacen daño.)

Eugenia. El señor me referia
los consejos que te ha dado.

Roque. (*A Eugenia.*)
(Elisa no sabe nada.)

Elisa. (*A Eugenia.*)
Como dicen que es tan malo.....

Antonio. Sí él es bueno: muchas veces
su corazon tiene rasgos,
pero acallan sus instintos
pensamientos insensatos.

Elisa. Yo procuraré olvidarle.

Eugenia. ¿Lo prometes?

Roque. (*A Elisa.*) Calla.

Elisa. (¡Pablo!)

ESCENA XIV.

DICHOS, PABLO.

Pablo. (*A Antonio.*)
Me vas á echar una homilía?

Antonio. Yo te trato con afecto.
siempre.

Pablo. (*Mirando á todos.*)
(Esto tiene el aspecto
de un consejo de familia.)
(*A Eugenia.*)
Pero, ¿está usted mala?

Eugenia. Sí...

Pablo. (*A Elisa.*)
¿Y usted?

Elisa. Estoy muy nerviosa.
(*Pablo interroga con la mirada á D. Roque: éste contesta rápidamente.*)
Yo tengo bílis.

Pablo. ¡No es cosa!
¿qué epidemia ha entrado aquí?
Cada cual siente un dolor:
la fonda es un hospital. (*A su tio.*)
Y tú, ¿no te sientes mal?

Antonio. (*Con intencion.*)
Yo soy quien está mejor.

Eugenia. Vámonos, Roque.

Pablo. (*Deteniéndola.*) Un instante.
Mi tio me va á reñir,
y se habrá de reprimir
si están ustedes delante.

Antonio. (*Alarmado.*)
(¿Cometerá otra imprudencia?)

Pablo. Te he dejado sin dinero.

Antonio. ¿Has jugado?

Pablo. Nó, si espero
la cruz de Beneficencia.

Antonio. Pero..... explícate.

Pablo. Yo iba
al Banco de Santander,
cuando encontré á una mujer
llorando á lágrima viva.
Aun en personas extrañas
me hace mal efecto el llanto;
y al oir que gritaba tanto
—¡Ay hijo de mis entrañas!
pregunte en grupos dístintos
la causa de su afliccion,
y oí esta contestacion:
—Es que se llevan los quintos.
Como mi tio acababa
de darme diez mil reales,
comprendí que eran cabales
los que ella necesitaba.
Su llanto amargo y sincero
me decidió de repente:
me abrí paso entre la gente,
y le dí todo el dinero.
De tal modo la aturdí
á la vista del tesoro,
que en tanto miraba al oro,
como me miraba á mí.
Cuando pudo calcular
lo que la importaba aquello,
me echa los brazos al cuello
y no me quiere soltar.
No sirve que yo le arguya:
se empeña en besar mi mano:
yo me opongo, pero en vano,
se sale al fin con la suya.
Aprieto á correr despues
y hasta el portal me ha seguido
diciéndome:—Mi marido
vendrá á besarle los piés.
La gente:—¡Qué corazon!
¡qué rasgo! ¡qué caballero!
nada, que con tu dinero

conmoví la poblacion.

ANTONIO. (*Conmovido.*)
Con un abrazo respondo
á tu accion.

EUGENIA. Bien lo merece.
yo soy madre y me enternece.

ELISA. (*Ap. á D. Roque.*)
¿Ve usted? si tiene buen fondo.

ROQUE. (*A Pablo.*)
Siempre obrar así debiera
el que es honrado y es rico.
¡Pobre madre! Pero, al chico,
le ha quitado su cartera.

ELISA. Pues como ustedes no opina
la bolera; es la que pierde.

ANTONIO. (¡Y qué ella me lo recuerde!)

EUGENIA. (*Con desprecio y retirándose.*)
(Ahora es una bailarina).

ROQUE. (*A Eugenia.*)
Este es mejor.

EUGENIA. (*A D. Roque.*) Bien se vé.

PABLO. (*A Elisa.*)
Pero ¿usted no se despide?

ELISA. Sí.....
(*Ap. á Pablo.*)
(Me han dicho que le olvide.)
(*Consigo misma.*)
Pero no sé si podré
(*Entran.*)

ESCENA ULTIMA.

PABLO y ANTONIO.

ANTONIO. ¡Ven! Pablo, tu buena accion
dice lo que yo sabia:
que con tu apariencia fria
tienes sano el corazon.
Ah! si yo te aficionase
á una vida.....

PABLO. Sí, ejemplar.
¿á que vas á terminar
por decirme que me case?

ANTONIO. Sí, Pablo.

PABLO. No eres mi tio.
Dije que no me arrepiento.

ANTONIO. Ten seriedad un momento
por tu bien y por el mio.
Quiero que tu amor influya,
pues sin tu ayuda precisa,

pierdo una hija.
PABLO. (*Con asombro.*) ¿Quién?
ANTONIO. (*Como quien teme ser oido.*) Elisa.
PABLO. (*Con extraordinario asombro.*)
Pero ¿Elisa es hija tuya?
ANTONIO. Por eso á tí me dirijo:
no me niegues el placer
que le has dado á esa mujer
á quien has devuelto un hijo.
PABLO. Lo que te acabo de oir,
y lo que de mí deseas,
amontonan mis ideas
y no encuentro qué decir.
ANTONIO. Mira, Pablo, las congojas
que dan antiguos deslices;
soy un árbol sin raices,
y se me secan las hojas.
¡Sálvame!
PABLO. No logras nada
con que yo sea su esposo:
tú no puedes ser dichoso
si hago á Elisa desgraciada.
ANTONIO. ¡Corríjete!
PABLO. Francamente:
yo soy el hombre que cae.
Antonio, el mundo me atrae:
voy envuelto en la corriente.
Tú, mostrándome sus galas,
me lanzáste á ese elemento
¿y cuando estoy en el viento,
quieres cortarme las alas?
Las pasiones me dominan,
en mí el bien no ejerce influjo:
me ciega el brillo del lujo,
las mujeres me fascinan.
Quizás son una quimera
esas visiones mundanas:
pero no hay fuerzas humanas
que detengan mi carrera.
ANTONIO. ¡Me devuelve una por una,
mis palabras, mi moral!
Yo fuí su genio del mal:
no hay esperanza ninguna.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Siempre la misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA y ROQUE.

EUGENIA. Era justo que saliésemos
de esta situacion penosa;
viviendo tan inmediatos,
viéndonos á todas horas.

ROQUE. Por el más leve motivo
podia estallar la bomba.

EUGENIA. Siento que Ibañez se quede
en esa afliccion tan honda....

ROQUE. Quiere á Elisa.

EUGENIA. Su cariño
es indudable: se nota
en sus actos; sufre mucho.

ROQUE. No se queje: ahora le toca.
¿nó prescindió de esa niña?
que padezca: esta es su obra.

EUGENIA. Su cariño es una flor,
que ha brotado en una roca.

ROQUE. No es tan grande su cariño
cuando no eres ya su esposa.

EUGENIA. En ese punto no tengo
la esperanza más remota;
mi vista le ha producido
una impresion dolorosa.
¿Tomó usted las precauciones
que indiqué?

ROQUE. Las tomé todas.
Pero esto tiene un carácter
de fuga que me incomoda;
parece que yo le temo,
cuando lo hago por vosotras.

EUGENIA. Eso, ¿quién puede dudarlo?
aquí lo que nos importa
es que cuando ellos se enteren,
nos hallemos en Bayona.
¿Y el equipaje?
ROQUE. Perico
lo dejó en la casa próxima
á que fingimos mudarnos;
y como él tiene esa boca...
ya cuidará de advertirles,
que abandonamos la fonda
por una casa de huéspedes.
EUGENIA. Pues, lo que conviene ahora
es que con todo sigilo,
y por tercera persona,
lleven los mundos al muelle.
ROQUE. Voy en seguida.
EUGENIA. Nosotras,
cuando vuelva usted, saldremos
pretestando cualquier cosa,
y en este traje nos vamos
al vapor: Elisa ignora
nuestro proyecto, y no es fácil
que lo averigüen.
ROQUE. No hay forma.
Pero ocultárselo á Elisa.....
EUGENIA. La precaucion es forzosa.
ROQUE. Bueno, pues voy ahora mismo,
y vuelvo.
EUGENIA. Estaremos prontas.
ROQUE. ¿En vuestro cuarto?
EUGENIA. Nó, tio:
para que nada conozcan,
es mejor que aparentemos
tranquilidad, y se logra
no evitando su presencia.
ROQUE. Muy bien: no hay mujeres tontas.

ESCENA II.

EUGENIA y ELISA.

EUGENIA. (*Abriendo la puerta.*)
Sal un rato: (Está muy triste:
pero en mudando de atmósfera.....
habrá en su imaginacion
una completa reforma.)
ELISA. Aquí al ménos se respira.
EUGENIA. ¿Te aburrias?

ELISA. De estar sola.
La casa á que nos mudamos
¿está cerca?
EUGENIA. Sí, en la otra
calle.
ELISA. ¿Es alegre?
EUGENIA. De fijo
no será tan bulliciosa.
(Eugenia se sienta y Elisa se asoma á la galería del fondo.)
ELISA. Hay mucha gente en el patio?
EUGENIA. Estoy llena de zozobra.
Hay algo aquí que me atrae
y algo que de aquí me arroja.
Ante el deber calle todo.

ESCENA III.

DICHOS, PABLO.

(Elisa está mirando por la galería: Pablo se detiene un momento contemplándola.)

PABLO. Pues, señor, está preciosa.
No me ha visto: respetemos.....
(Ve á Eugenia y se adelanta.)
A los piés de usted, señora.
ELISA. Parecen algo agitados.
(Al ver á Pablo.)
(Ha entrado como una sombra.)
PABLO. Señoras, yo he promovido
esa reunion numerosa:
estoy asediado, el aura
popular tiene sus contras:
se ha sabido lo del quinto,
hizo efecto la limosna,
y me siguen por la calle
todas las madres que lloran.
EUGENIA. Es natural: la desgracia
pretende que la socorran.
ELISA. (Si yo pudiera decirle.....
(Se dirige á donde está su madre pasando cerca de Pablo: éste se aleja de propósito.)
no está bien; y á él ¿qué le importa?
(Se sienta.)
EUGENIA. (Huye de ella..... Está enterado.)
PABLO. Yo llamo á Antonio..... Ahí asoma.

ESCENA IV.

DICHOS. ANTONIO que saluda á las señoras, y se dirige hácia **PABLO**, quedándose con él en el fondo.

ANTONIO. Despues de lo que ha pasado....
¡ellas aquí!.....
EUGENIA. (*Observándoles.*) Le consulta.
ANTONIO. No lo dudes: algo oculta
ese reposo afectado.
PABLO. Hablémoslas, y saldremos
de la duda.
ANTONIO. Mucho tino.
PABLO. Ya nos abrirán camino.
ANTONIO. Será difícil.
PABLO. Probemos.
(*Se dirigen á las señoras.*)
¿Se encuentra usted aliviada
de su molestia?.....
EUGENIA. Bastante.
PABLO. Tiene usted muy buen semblante.
¿Y usted? (*A Elisa.*)
ELISA. Yo no tengo nada.
ANTONIO. Los males de ustedes son
de carácter muy estraño:
á veces les hace daño
su misma imaginacion.
PABLO. Negar al hombre no quieras
lo que en la mujer supones.
EUGENIA. Sí, pero sus afecciones
suelen ser más pasageras.
ANTONIO. En cambio, si el hombre un dia
siente ese daño moral,
para combatir el mal
tiene ménos energía.
EUGENIA. Acaso.
PABLO. Noto la ausencia
de don Roque.
EUGENIA. Sí, ha salido.
ELISA. Diga usted: ¿á dónde ha ido?
EUGENIA. No sé.
ANTONIO. (Calla por prudencia.)
Como aquí no hay distraccion.....
PABLO. Ofrezco mi compañía,
porque ustedes todavía
no han visto la poblacion.
Yo seré su *cicerone*.

Elisa. ¿Vamos, mamá?
Eugenia. Estoy cansada.
Elisa. ¡Cómo ha de ser!
Antonia. (No la agrada
lo que Pablo la propone.) (*A Elisa.*)
No hay paseo.
Elisa. Como quiera.
Antonio. Acaso la convanzamos.
Elisa. Tiene que hacer; nos mudamos.
Eugenia. (Ya lo dijo.)
Antonio. (No se altera.)
Pablo. ¡Nos dejan! ¿no hay esperanza
de impedirlo?
Eugenia. Es cosa hecha.
Pablo. (Fué fundada su sospecha.)
Antonio. (Algo oculta esta mudanza.)

ESCENA V.

DICHOS, y PERICO entra muy de prisa y se dirige á EUGENIA.

Perico. O es una equivocacion,
ó les roban su equipaje.
Eugenia. (*Levantándose.*)
(Lo descubre.) No es posible.
Perico. He visto las iniciales:
son los mundos que he llevado
à esa casa hace un instante.
Iba yo tras de los quintos
que hablan lo que usted no sabe
del señorito.....
Antonio. (*Impaciente.*) Prosigue.
Perico. Cuando ví al fin de la calle
cuatro mozos que llevaban
aquellos mundos tan grandes,
los sacos y la maleta
y otros chismes de viaje.
Elisa. Por las señas son los nuestros.
Eugenia. No temas..... (Es un percance.)
Antonio. ¿Y à dónde van?
Perico. Hácia el muelle.
Pablo. ¡Antonio!
Antonio. (*A Pablo.*) Van á embarcarse.....
Pablo. Aquí es preciso hacer algo;
señoras, yo ire á enterarme.
Eugenia. (*Saliendo despacio.*)
No es necesario.....
Elisa. Yo temo
perderlo todo...
Antonio. Aun no es tarde.

Pablo. Vamos al muelle.

Eugenia. *(Desde la puerta mirando hácia fuera y haciendo ademan de detenerlos.)*
¡Mi tio!
(En tono firme.)
Gracias. Con el hay bastante.

ESCENA VI.

PABLO y ANTONIO, éste muy agitado, PERICO despues.

Antonio. No hay que perder un momento
¡se la llevan!

Pablo. Esta tarde
sale el vapor.

Antonio. ¡Me la roban!
Yo no puedo resignarme.
¿Qué hacemos?

Pablo. Es muy sencillo,
seguirlas á todas partes.

Antonio. No es posible. Elisa te ama.

Pablo. Vé solo.

Antonio. ¿Y con qué carácter?

Pablo. Pues detenerles.

Antonio. ¿Y cómo?
(Se asoma á la puerta.)
¡Perico!

Pablo. ¿Qué es lo qué haces?

Antonio. Por de pronto, ganar tiempo.
Vé, llama á don Roque aparte *(A Perico.)*
y díle que aquí le espero
para un asunto importante.
(Perico hace ademan de hablar y Antonio le empuja para que salga pronto.)

Perico. Es expresivo.

Pablo. Tu idea
me parece inmejorable:
don Roque es débil; si logras
que se ponga de tu parte.....

Antonio. Si nó encuentro qué decirle:
mi situacion es tan grave.....

Pablo. Eso es verdad. Todo aquí
presenta dificultades.
Elisa no sabe nada:
la oposicion de la madre
es enérgica; yo haria
un marido deplorable.....
solo te queda un recurso.....

Antonio. ¿Cuál?

Pablo. Es muy malo. Casarte.
No tiembles.—Esto es decir
que no encuentro desenlace.
Derrochando alegremente
tu vida y tus capitales,
has conquistado tu fama
como un pintor ó un cantante.
A tí siempre te han amado
las mujeres más notables
y al que se ha puesto en ridículo
tus burlas le han hecho sangre.
Fijas en tí las miradas
de las gentes elegantes,
tu boda con una jóven
armaría tempestades,
¿cómo has de ofrecer tu mano
á esa mujer venerable?

Antonio. Yo la dejé bella y jóven,
y el mismo efecto me hace
que si hubiera envejecido
á mi vista en un instante.
La arruga que á nuestro lado
vá poco á poco marcándose,
no alarma nunca á la vista
en su progreso suave.
Cuando la mujer y el hombre
penas y dichas comparten,
el dia en que frente á frente
se examinan los semblantes,
aquellos cabellos blancos,
aquellos surcos mortales,
no son arrugas ni canas:
son recuerdos familiares.

Pablo. No hay recurso.

Antonio. (*Con despecho.*) Eso es lo triste;
pero, en el último trance,
yo soy capáz de robar
á mi hija.

Pablo. No te oiga nadie.

(*Entra Perico: Antonio se dirige á él.*)

Antonio. ¿Qué te dijo?

Perico. Poco á poco.

Antonio. Pero ¿qué hizo?

Perico. Incomodarse:
al oir el recado, puso
una cara de vinagre....
Y dijo: yo le hare ver
que aunque viejo no huyo un lance
Que me espere mientras logro
ver cómo ellas se distraen.

Antonio. (*A Perico.*)

No ha entendido.....
(*Bajo á Pablo.*) Hallé el recurso.
(*A Perico.*)
Toma dinero: vé á escape
y deten en cualquier forma
en el muelle su equipaje.

Perico. (Lo dice con tal finura
que no hay modo de negarse.) (*Sale muy de prisa.*)

Pablo. ¡Y bien!

Antonío. Cualquier medio es bueno
en conflictos semejantes.
El carácter susceptible
de don Roque, hará que aplazen
su marcha: ¿no has escuchado?
Por una amenaza que ántes
me dirijió, cree que pido
explicacion de su frase.

Pablo. Pero, hombre, ¿vas á batirte
con él?

Antonio. Nó ¡qué disparate!

Pablo. Ya entiendo: finjir un duelo
para hacer que se retrasen.

Antonio. Y me repugna esta farsa
con un hombre respetable.

Pablo. Pues ahí le tienes: te dejo;
si me necesitas, llámame.

ESCENA VII.

D. ROQUE y ANTONIO.

Roque. Hay sucesos muy estraños;
que usted me busca he sabido,
cuando soy quien ha debido
buscarle hace muchos años.

Antonio. (*Como forzado.*)
Las situaciones oscuras
hay que aclararlas, y yo.....
como usted me dirigió
expresiones algo duras,
deseo.....

Roque. Quiere usted que haga
un acto de contriccion.

Antonio. Una breve explicacion,
algo que me satisfaga.

Roque. Han estado contenidas
siempre mis explicaciones.
¿Quiere usted satisfacciones?
Voy á dárselas cumplidas.

En este mundo malvado
hay vicios que no sorprenden,
y otros en cambio que encienden
la sangre del hombre honrado.
El hombre que nunca salda
cuentas de honor, si enamora,
y cuando una mujer llora
él se echa el alma á la espalda.
El que convierte en oficio
practicar la seduccion,
no porque sienta pasion
sino por hijo del vicio.
El amante vagabundo
que al huir despreocupado
deja un hijo abandonado
á la caridad del mundo.

Antonio. Pero.....

Roque. Esta maldad reunida
en usted solo rebosa:
todo esto no es otra cosa
que el compendio de su vida.
Maldad que en nada repara:
vicio que yo no comprendo.
Ya me estaba consumiendo
por decírselo en su cara.

Antonio. (Me abruma: ¡he perdido el tino!
No me esperé esto jamás.....)
No podemos hablar más,
aquí vendrá mi sobrino. *(Entra en su cuarto.)*

Roque. ¿Satisfacer á un malvado?.....
pero..... Eugenia..... esto se enreda.....
Suceda lo que suceda
por fin hoy me he desahogado.

ESCENA VIII.

D. ROQUE, EUGENIA y ELISA.

Roque. (¡Ellas!)

Elisa. (¡Estoy de un humor.)

Eugenia. La impaciencia me devora.

Roque. Espera.

Eugenia. Antes de una hora
debe salir el vapor.

Elisa. Haberme engañado así.

Roque. Tu madre; yo no queria.

Eugenia. Era preciso.

Roque. (¿Qué haria
para alejarlas de aquí?)

EUGENIA. ¿Qué le detiene á usted?
ROQUE. Nada.
EUGENIA. Está visto que no ceden
en su empeño, y que nos pueden
preparar una emboscada.
ELISA. Yo prometo no hablar más
á Pablo.....
ROQUE. Mi alarma cesa:
¿no ha de cumplir su promesa?
EUGENIA. ¿Se me vuelve usted atrás?
Despues de haber convenido
en el viaje es sorprendente
que mude usted de repente
de opinion.
ROQUE. Yo no te pido
que te quedes, mas no hay prisa.
EUGENIA. ¿Qué nó?.....
ROQUE. (No sé lo que hablo)
(Atropellado y como quien no tiene costumbre de mentir.)
Oyeme: espero que Pablo
me dé las cartas de Elisa:
esto es lo que nos retrasa.
ELISA. Si no le he escrito ninguna.
ROQUE. (He mentido y con fortuna.)
EUGENIA. Entonces..... (¿qué es lo que pasa?)
ROQUE. Ea, basta de secreto:
no sé si saldremos hoy.
¿Entiendes? Soy ó no soy
tu tio.
EUGENIA. A quien yo respeto.
ROQUE. En todas las ocasiones
ciego he seguido tu gusto:
haz hoy el mio.
EUGENIA. Es muy justo;
usted tendrá sus razones.
ROQUE. Cuando acudo á estos extremos.....
EUGENIA. Entra, Elisa, á descansar.
ELISA. (Ya me vuelven á encerrar
y por fin nos marcharemos.)

ESCENA IX.

D. ROQUE y EUGENIA.

EUGENIA. Ya estamos solos.
ROQUE. ¿Qué quieres?
EUGENIA. Saber que ocurre.
ROQUE. Me acosas
y no puedo.... Hay ciertas cosas

que no entendeis las mujeres.

Eugenia. Hable usted.

Roque. De ningun modo.

Eugenia. ¿No tiene usted confianza?
¿Qué motiva esta mudanza?
explíquemelo usted todo.

Roque. Imposible.

Eugenia. Es muy extraño.....
¿será otra ofensa, otro insulto?.....
Voy temiendo que hay oculto
en este asunto un engaño.

Roque. ¿Cómo un engaño? Repara
que yo no tolero el dolo:
si es una burla tan solo,
me la pagará muy cara.

ESCENA X.

EUGENIA, D. ROQUE y PABLO.

Pablo. (Qué contratiempo.)

Roque. (*A Eugenia.*) Retírate.

Eugenia. Nó, que usted corre un peligro.

Pablo. (*A Eugenia.*)
Me sorprende verla aquí.

Roque. Pues yo no la he detenido.

Pablo. Pero es grata mi sorpresa,
viendo que aún somos vecinos.

Eugenia. Mil gracias.

Roque. Pero se marcha.

Eugenia. Y me acompaña mi tio.

Roque. Despues.....

Eugenia. Nada nos detiene.

Roque. (*Ap. á Pablo.*)
Mantengo todo lo dicho.

Pablo (*A Eugenia.*)
Abandonarnos tan pronto.

Roque. Eugenia, yo necesito
hablar de un asunto sério
con el señor.

Eugenia. No lo impido.
Yo entretanto veré á Ibañez.

Roque. ¿Tú?

Eugenia. Debemos despedirnos.

Pablo. (Esto se complica.)

Eugenia. En tanto
que habla usted con su sobrino,
yo.....

Pablo. Voy á avisarle. (¿Cómo
saldrá de este laberinto?)

ESCENA XI.

EUGENIA y D. ROQUE.

ROQUE. Eugenia, tu no querrás
que yo haga un papel ridículo.
EUGENIA. Porque no lo quiero tomo
parte en esto; he comprendido
que entre usted y ese hombre ingrato
hay pendiente un desafío;
y aunque no temo que haga
armas contra usted, que ha sido
padre de su hija, me ofende
su comportamiento indigno.
ROQUE. Tienes razon, pero deja
á mi cargo su castigo.
EUGENIA. ¿Y el escándalo? Las gentes
murmurarán.
ROQUE. Es preciso.
(Antonio entra en escena por la misma puerta que salió Pablo. Roque vacila un momento entre irse ó quedarse pero se vá por último á conferenciar con Pablo.)

ESCENA XII.

EUGENIA y ANTONIO.

EUGENIA. Contra todo mi deseo,
esta entrevista provoco.
ANTONIO. Yo, que mi desdicha toco,
escucho á Vd. como un reo.
EUGENIA. La extraña tenacidad
de ese corazon tan frio
al ofender á mi tio,
subleva mi dignidad.
Juzgó usted un medio llano
para detener mi viaje
el inferir un ultraje
á ese bondadoso anciano,
sin ver que esa idea fija
no le puede reportar
más provecho que insultar
al bienhechor de su hija.
ANTONIO. No he tenido esa intencion:
sé que el recurso no es cuerdo,
pero el cariño que pierdo
disculpa cualquier accion.
Cuanto más usted me niega

á Elisa, más mi amor crece;
su oposicion me enloquece
y mi cariño me ciega.

EUGENIA. ¿Y le hará su ceguedad
que se bata con mi tio?

ANTONIO. Se oponen á ese estravío
mi gratitud y su edad.

EUGENIA. Ni aun con esas intenciones
tolerar la burla quiero:
renuncie usted, caballero,
á todas sus ilusiones.

ANTONIO. Mis circunstancias exijen
que á ciertos medios apele.

EUGENIA. No cedo, aunque usted revele
á Elisa cual fué su orígen.

ANTONIO. Eugenia, ¿un medio no habria
de vencer su oposicion?

EUGENIA. Nó, ni una reparacion
que no espero, y que es tardía.

ANTONIO. ¿Ni aun eso?

EUGENIA. Ni aun eso, Antonio,
á conciliarnos bastaba:
ni el Sacramento que lava
las faltas: el matrimonio.

ANTONIO. Yo no me puedo explicar
eso que acabo de oir.

EUGENIA. Tendríamos que mentir
¡y mentir en el altar!
Pues no es el vínculo santo
que Dios establecer quiso,
el que une por compromiso
en la edad del desencanto.
Ni es posible conciliar,
cuando no existe pasion,
el frio del corazon
con el calor del hogar.

ANTONIO. Que un corazon que me amó
se encuentre hoy helado, yerto.....

EUGENIA. ¿Mi corazon? Si está muerto,
no tengo la culpa yo.

ANTONIO. Habré sido un miserable,
pero el amor regenera:
hoy que así me desespera,
es usted la más culpable.

EUGENIA. De usted no alcancé jamás
sino amarguras y llanto:
y como he sufrido tanto,
me resisto á sufrir más.

ANTONIO. Eso es egoismo.

EUGENIA. Sí,
quizás por eso resista;

pero si soy egoista,
no lo hago solo por mí.

Antonio. Eugenia, Elisa sabrá
que soy su padre.

Eugenia. (*Suplicante.*) ¡Por Dios! (*Transicion.*)
Hable usted. Entre los dos
veremos con quién se va.

ESCENA XIII.

DICHOS, PABLO y D. ROQUE, Eugenia se dirige hácia su tio, con quien habla: Pablo se coloca junto á Antonio en el lado opuesto de la escena.

Eugenia. El me ha dado explicaciones:
esto no tiene importancia
ninguna.

Roque. Ya lo veremos;
tú no te mezcles en nada.

Eugenia. Conseguirán su propósito
si detienen nuestra marcha:
oiga usted hoy las escusas
que dejan para mañana.
(*Roque acciona con calor.*)

Pablo. No va á haber otro recurso
que daros de cuchilladas;
esta firme: se conoce
que te tenia unas ganas.

Antonio. ¡Imposible!

Pablo. Si queria
batirse sobre la marcha:
yo le advertí que es preciso
acomodarse á las prácticas;
que el Código fija un plazo,
que es costumbre escribir cartas.
que algunos pagan sus deudas,
y hay quien dispone su alma.

Roque. (*En voz alta.*)
¡Que nó!

Pablo. ¿Le oyes? El inválido
nos va á devolver la chanza.

Eugenia. No se acuerda usted de Elisa:
si ustedes toman las armas,
ó puede morir su padre,
ó muere usted que la ampara.

Roque. ¿Qué dices? Para vosotras
en todo duelo hay desgracias,
y el duelo es un desahogo
de dos que se tienen rabia.

Antonio. Pues, si nó cede, me dejo
matar.

PABLO. Qué calaveradа:
querer irse al otro mundo
como quien muda de casa.
ANTONIO. ¿Pierde algo en dejar la vida
quién vive sin esperanza?

ESCENA XIV.

DICHOS, PERICO.

PERICO. (*A Pablo.*)
Señorito.
PABLO. ¿Qué te ocurre?
PERICO. Ahí está el señor Jacinto.
PABLO. ¿Quién es?
PERICO. El padre del quinto.
PABLO. Tanta gratitud me aburre.
PERICO. El viene tan placentero. (*A Antonio.*)
Hice aquello.
ANTONIO. ¡Qué me importa!
PABLO. Dí que no estoy.
PERICO. ¿Quién le corta
el paso?
EUGENIA. (*A D. Roque.*) Es usted de acero.
PERICO. Yo he despedido una masa
de curiosos á empujones:
pero él no atiende á razones.

ESCENA XV.

DICHOS, JACINTO, en traje de artesano.

JACINTO. Que Dios bendiga esta casa.
¿Quién hizo la buena accion
qué es cierta y aún no la creo?
(*Mirando á todos.*)
Todas las caras que veo
revelan buen corazon.
(*Perico señala á Pablo y se marcha de escena.*)
Víne á besar esa mano.
PABLO. Si el dinero no era mio:
el favor le hizo mi tio.
JACINTO. (*Cogiendo la mano de Antonio.*)
Debe ser muy buen cristiano.
(*Se retira tambien.*)
¡Calla! y se avergüenza ahora.....
porque besársela quiero..... (*A Eugenia.*)
Ese noble caballero
¿es su marido, señora?

ROQUE. No es su esposo, no señor.

JACINTO. Pues yo debo porfiar:
no se me puede quitar
que agradezca ese favor.
Y en punto á agradecimiento,
nadie me gana. de fijo; (*A Antonio.*)
si tiene usted algun hijo,
comprenderá lo que siento.
Del mio hoy me despedi
renegando de mi suerte:
le dí un abrazo muy fuerte
y por perdido le dí.
Y siento haber renegado,
pues la accion de usted me abona:
que Dios nunca me abandona
desde que soy hombre honrado.

PABLO. Luego ántes.....

JACINTO. Era un perdido;
y ese chico, la verdad,
le dejé sin caridad
á poco de haber nacido.
Y su madre le crió
desojándose á coser.
Pues digo: ¡si mi mujer
hubiera hecho lo que yo!

ANTONIO. (¡Qué dice!)

EUGENIA. (¡Estará violento!)

ANTONIO. Y usted.....

JACINTO. Sin obligaciones...
pasé muchas privaciones
creyendo vivir contento.

ROQUE. Es natural.

JACINTO. Aquí abajo
el trabajo es la alegría,
y entonces nada tenia
que me animase al trabajo.
Cansado de mi pobreza,
me dije: Dios es severo;
mientras que sigas soltero,
no levantarás cabeza.
Tienes una obligacion,
un hijo..... y debes quererle;
salí en su busca, y al verle
me dió un vuelco el corazon.
Hallando la casa abierta,
entré con un regocijo.....
y la madre escondió á su hijo,
me echó y me cerró la puerta.
Volví una vez, más de cien:
la mujer, siempre ocultando
el chico: yo asegurando

que iba á ser hombre de bien.
ANTONIO. ¿Y cedió?
JACINTO. Fuí su marido:
y tuvo que confesar
que no está bien rechazar
á quien vuelve arrepentido.
EUGENIA. (Me acusa.)
ANTONIO. (Ahora está agitada.)
JACINTO. Y como buenos esposos
hemos vivido dichosos,
no nos ha faltado nada.
Pues Dios, que está en todo fijo,
no cesa de proteger
al hombre y á la mujer
que trabajan por un hijo.
Perderle hoy era un dolor:
nuestra pena era muy ruda,
y se ha salvado; ¿quién duda
qué nos proteje el Señor?
PABLO. ¡Yo no soy supersticioso,
pero que el dinero aquél
haya llegado hasta él,
tiene algo de milagroso!
JACINTO. Tengo un alma agradecida
que demostrárselo espera.
disponga usted como quiera
de mi casa y de mi vida.
Todo es suyo..... muy contento
de criado le serviré:
mándeme usted..... yo no sé
cómo expresar lo que siento.
Por usted ya no me aflijo
al pensar en mi vejez:
cuide la suya á su vez
el cariño de un buen hijo.
¡Bah! Mi lengua se escedió.....
No olvidaré sus mercedes:
que sean todos ustedes
tan dichosos como yo.

ESCENA XVI.

DICHOS, menos JACINTO.

ANTONIO. (*A Pablo.*)
No puedo más.
PABLO. Fía en mí. (*Alto.*)
Acabemos de entendernos:
finjimos desconocernos
y no hay secretos aquí.

Yo no sé si hay solucion:
que cada cual la procure,
pues no es posible que dure
esta horrible situacion.
Y mientras hallan manera
de entenderse de algun modo,
yo voy á romper por todo
y salga por donde quiera.

Eugenia. ¿Qué hace usted?

Pablo. (*Abre la puerta del cuarto.*) ¡Elisa! ¡Elisa!

Roque. Pero eso es un arrebato.

Pablo. Es un nudo y lo desato

Eugenia. ¡Pablo por Dios!

Pablo. Sal de prisa.

ESCENA XVII.

DICHOS, ELISA.

Pablo. Desde ahora cambia tu suerte:
tienes padre y ahí está;
sus brazos te esperan ya:
(*Empujándola.*)
¡dále un abrazo muy fuerte!

Antonio. (*Abriéndola los brazos.*)
¡Hija!
(*Elisa, impulsada por Pablo, cae en los brazos de Antonio: pero repuesta inmediatamente, mira á su madre y á D. Roque, los cuales bajan la cabeza.*)

Elisa. Mi padre.... ¿no ha muerto?

Antonio. Nó, que vive para tí.

Eugenia. Hija, tu puesto es aquí.
(*Elisa hace ademan de dirigirse á su madre, pero maquinalmente y en actitud pensativa. Antonio la detiene.*)

Antonio. ¿Cederla yo?

Elisa. ¿No era cierto?.....

Eugenia. Es mia.

Elisa. (*Como quien comprende de pronto.*)
¡Estaban reñidos!

Eugenia. (*A D. Roque.*)
¡Dejar yo que se la lleven!

Elisa. (*Mirando alternativamente á sus padres.*)
Los matrimonios no deben
estár así... desunidos...

Eugenia. (¡Qué vergüenza!)

Antonio. (En su candor,
ni sospecha la verdad.)

Elisa. ¿Puede haber enemistad
cuando es tan grato el amor?

Antonio. Me llega al alma ese ruego

que mi pasado condena:
tu madre ha sido muy buena
yo fuí quien estuvo ciego.
Niña te dejé y viví
de tu cariño olvidado,
y ella se ha sacrificado
velando siempre por tí.
Dios á tu lado me pone
para enmendar mi estravío:
háblala tú en nombre mio,
y ruega que me perdone.

Eugenia. ¡Hija de mi corazon!

Elisa. (*Empujando á su madre hácia Antonio.*)
¡A sus brazos! que él la estreche.

Antonio. (*A Eugenia abrazándola.*)
Que Elisa nunca sospeche
cuál fué nuestra situacion.

Pablo. ¿Cuándo es el duelo?

Roque. Me deja
muy satisfecho.....

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, PERICO.

Perico. ¡Ha salido
el vapor!.....
(*Asombrado al ver abrazados á Pablo y Eugenia.*)
(¡Y todo ha sido
por abrazar á esa vieja!

Pablo. (*A Elisa.*) Estas reconciliaciones
animan.....

Antonio. Pablo ¿Qué es eso?
hasta que tengas mas seso.....

Pablo. Si me das buenas lecciones.

Antonio. (*A Pablo*) Este tributo moral
casi todos satisfacen:
los que á tiempo no lo hacen,
lo hacen tarde y lo hacen mal.

Eugenia. (*A Elisa*) Desde hoy seremos felices,
pues tu amor nos reconcilia.

Antonio. Sí, que el hombre sin familia
es un árbol sin raices.

FIN DE LA COMEDIA.

En el final del acto segundo se omitió en la copia una redondilla que debe intercalarse, por consiguiente, de este modo:

....
pero no hay fuerzas humanas
que detengan mi carrera.
ANTONIO.. Detente: vas á un abismo.
PABLO.... No puedo retroceder.
ANTONIO.. Vé el dolor.....
PABLO.... Tras el placer.
ANTONIO.. ¿Quién te ha cegado?
PABLO.... Tú mismo.
ANTONIO.. (*Dejándose caer en un sillon.*)
Me devuelve una por una
mis palabras, mi moral.
Yo fuí su génio del mal:
no hay esperanza ninguna.

ERRATAS PRINCIPALES

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
6	38	Me llamaba V. hace un rato.	Me llamó V. hace un rato
12	16	espresiva.	espresiva...
13	última	*(Entra en su cuarto asustado.)*	*(Entra en su cuarto)*
15	11	como la hable	Como le hablé
18	17-18 y 19	. . . .	Estas tres lineas aparte.
39	21	por aquel pasado...	por aquel amor pasado....
50	17	seguirlas	seguirles
53	12	por hija del vicio	por lujo de vicio.
56	28 y 29	de ese corazon tan frio al ofender á mi tio,	de ese corazon tan frio, al ofender á mi tio
59	antepenúltima	porque besársela quiero...	porque agradecerle quiero...

Se vende en las principales librerias á **OCHO REALES** ejemplar.